



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

“Un camino posible hacia un psicoanálisis no heteronormativo”

Modalidad de presentación: ensayo

Alumno: Matías Tomás Bohé

Legajo: B-5816/5

DNI: 41602859

Docente responsable: Prof. Natalia Amatiello

Agradecimientos

A mi familia, incluyendo a todos los miembros no humanos; a mis amigos y compañeros de la Facultad y de la secundaria; a los profesores Juan Cammardella y Natalia Amatiello, cuyo acompañamiento fue imprescindible en el proceso de escritura; a todas aquellas personas que formaron parte de mi camino y que dejaron marcas en mi corazón. Su apoyo fue todo para mí. Infinitas gracias a la Universidad Pública y a la Facultad de Psicología por abrir caminos y expandir horizontes.

3

Índice

Resumen.....	4
Introducción.....	5
Desarrollo.....	7
I. Heteronormatividad y matriz binaria.....	7
II. Estatuto de la diferencia sexual.....	9
III. Problematización de la diferencia.....	11
Conclusiones y posibles aperturas.....	
17 Referencias bibliográficas.....	19

4

Resumen

El presente ensayo lleva a cabo una revisión situada sobre el estatuto de la diferencia sexual para el psicoanálisis, tomando a Freud como principal referente, con el objetivo de pensar un modelo de subjetivación sexuada que trascienda ciertas lecturas que refieren a una lógica binaria y heteronormativa. Consideramos que el acceso a la diferencia sexual y las consecuencias psíquicas trabajadas por Freud no se reducen únicamente a lo anatómico, sino que es necesario tener en cuenta otras diferencias que se ponen en juego en la constitución de la posición sexual. Estas refieren a las condiciones histórico-sociales como productoras de subjetividad. Esta indagación permite pensar la diferencia sexual en el clivaje entre lo que, por un lado, atañe a la producción de subjetividad, y por otro, a la constitución psíquica, sosteniendo un aparato psíquico abierto a lo real. Encontramos en Freud una lectura “tripartita” que permite trascender un pensamiento binario al abordar la posición sexual, y de esta manera, problematizar lo femenino y lo masculino, rescatando la disposición constitucional bisexual y el engigma en sí mismo de la diferencia sexual.

Palabras clave: heteronormatividad - matriz binaria - diferencia sexual - engigma.

5

Introducción

¿Es el psicoanálisis heteronormativo? Frente a esta cuestión, creemos que es

valioso sostener la pregunta en sí misma, entendiendo que dentro del psicoanálisis podemos encontrar diferentes lecturas y posiciones. En el presente trabajo intentaremos revisar el estatuto de la diferencia sexual para el edificio psicoanalítico con el propósito de complejizar este interrogante.

Nuestro objetivo remite intrínsecamente a una praxis que pueda estar sustentada por una ética que implique trabajar con la singularidad de cada sujeto, sin caer en sesgos patologizantes ni reduccionistas. Por este motivo, creemos que es necesario revisar el estatus de la diferencia sexual en la constitución del psiquismo, en pos de cuestionar una presunta configuración normativa de la posición sexual. Esta tarea se enmarca en un trabajo deconstructivo, tal como plantea Debora Tajer (2021). En el psicoanálisis se han fraguado muchos de los conceptos fundamentales en relación a modalidades de relación de los géneros que son históricas.

De la búsqueda de antecedentes se infiere que hay una gran diversidad de posiciones respecto a la pregunta enunciada en el primer párrafo, dando cuenta de las diferentes miradas dentro del psicoanálisis. Otra cuestión a destacar es la creciente producción de posibles articulaciones y discusiones entre los estudios *queer* y el psicoanálisis. Algunos artículos se centran en hacer una revisión de aquellos conceptos psicoanalíticos que pueden ser repensados en función del contexto actual, tal como la función del Complejo de Edipo y su implicancia en la conformación de estructuras deseantes, que no son estáticas sino reescritas una y otra vez a lo largo de la vida (Quindeau y Bornhauser, 2020), o el cuestionamiento de una “coherencia identitaria”, basada en una lógica de linealidad con respecto al sexo anatómico, la identidad de género y la elección de objeto sexual, para hablar, en su lugar de existenciarios, en el sentido que le da Lohana Berkins, que no se subordinan al régimen heteronormativo (Szwec Luzardo, 2022).

Por otro lado, también se destacan aquellos lineamientos dentro de la obra freudiana que escapan a las normas heteronormativas y que también merecen ser reconocidos, tales como la disposición constitucional bisexual del ser humano y la consideración de lo masculino y lo femenino como caracteres independientes del sexo biológico. Esto da cuenta de la gran complejidad que implica abordar el tema y la imposibilidad de mantener una única respuesta como válida. Por lo tanto, aparece la necesidad de sostener esta tensión acerca de la heteronormatividad del psicoanálisis.

Teniendo en cuenta este desarrollo y que la mayoría de los antecedentes se centran en una revisión general de los conceptos, el presente proyecto pretende singularizarse en función de focalizar específicamente en el estatus que tiene la diferencia sexual en el edificio psicoanalítico, particularmente en Freud. Para emprender tal objetivo, nos apoyaremos en los estudios de género en tanto consideramos pertinente la interpelación que hacen a las diferentes disciplinas y sus discursos. Su aporte resulta imprescindible ya que nos permite problematizar las categorías de heteronormatividad y matriz binaria, que tienen una dimensión histórica, social y política. Estas categorías se inmiscuyen en las teorías, produciendo efectos y lecturas que condicionan la escucha clínica. Poder vislumbrar estos efectos resulta indispensable para alojar a las subjetividades contemporáneas, reconociendo los desafíos que plantean al corpus psicoanalítico.

En este sentido, el recorrido propuesto en este ensayo implica, en primer lugar, tomar de los estudios *queer* las categorías de heteronormatividad y matriz binaria. En segundo lugar, trabajamos la diferencia sexual desde Freud, teniendo como base la posición de este autor como fundante de un campo de discursividad, en tanto abre un camino que nos permite reconocer la sexualidad como algo que trasciende la función sexual y que no está reducida a la genitalidad. Parte del desafío que se presenta es poder sostener un “no saber” en torno a la sexualidad, puesto que esta es inseparable de la existencia del inconsciente. En tercer lugar, procedemos a interrogarnos qué del

concepto de diferencia sexual presente a lo largo de la obra de Freud permanece en la actualidad y cuáles son sus posibles lecturas. Esta tarea se vuelve necesaria para pensar una clínica que aloje la diversidad humana a la luz de discursos contemporáneos, tales como los estudios *queer* y los feminismos, con el fin de concebir como posible un psicoanálisis que no esté aislado de otros discursos que interpelan su praxis.

Finalmente, poder pensar un modelo de subjetivación que trascienda la lógica binaria y la heteronormatividad se vuelve la aspiración de este ensayo. Para ello, nos valdremos de lo trabajado por Silvia Bleichmar (2010) en torno a la subjetividad como aquello que se inscribe en los modos históricos de producción de sujetos, y que podemos considerar del orden del instituyente-instituido. De esta manera, nos será posible abordar la diferencia sexual tomando en consideración lo histórico y social.

7

Desarrollo

I. Heteronormatividad y matriz binaria

Dentro de los estudios de género decidimos tomar los aportes de autoras lesbianas que en las décadas de 1970 y 1980 llevaron a cabo una crítica radical del discurso heterocentrado. Sáez (2005) explica que estas autoras no se circunscribieron únicamente a plantear las formas de dominación de la mujer en relación con los hombres como sí lo hacía el feminismo de las décadas de 1950 y 1960, sino que fueron más allá, problematizando la idea de “la mujer”, y por lo tanto del género como esencia. De esta manera, cuestionaron el discurso heterocentrado como lugar principal de los dispositivos de opresión. Abordaremos sintéticamente el pensamiento de dos de estas autoras: Monique Wittig y Gayle Rubin.

Monique Wittig (1992), desde un enfoque político y filosófico que denomina “lesbianismo materialista”, plantea lo masculino/femenino como categorías que sirven para disimular el hecho de que las diferencias sociales implican siempre un orden económico, político e ideológico. En este sentido, afirma que no hay ningún sexo, sino que es la opresión la que crea el sexo y no al revés. El sexo lo piensa como una categoría social y política que funda la sociedad como heterosexual. Este pensamiento heterosexual implica una tendencia a universalizar una producción de conceptos, a formular leyes generales que valen para todas las sociedades, todas las épocas, todos los individuos.

Asimismo, pensando en la diferencia sexual y específicamente en la mujer, Wittig (1992) explica:

No se nace mujer, se llega a serlo. No hay ningún destino biológico, psicológico o económico que determine el papel que las mujeres representan en la sociedad: es la civilización como un todo la que produce esa criatura intermedia entre macho y eunuco, que se califica como femenina. (p.32)

La autora se opone a naturalizar la historia y los fenómenos sociales, y en este sentido niega una división natural entre hombres y mujeres. Las características físicas del sexo corresponden a una construcción sofisticada y mítica que reinterpreta esos rasgos físicos conforme a la red de relaciones con la que se los percibe. De esta manera, a través del “mito de la mujer”, se imprime la marca que determina a los opresores y a los oprimidos.

“El concepto de diferencia de sexos, por ejemplo, constituye ontológicamente a las mujeres en otras/diferentes” (Wittig, 1992, p.52). A partir de una clase dominante, constituida por el pensamiento heterosexual y, podríamos agregar patriarcal, se delimita *lo otro*.

En este punto es que se concibe el pensamiento materialista de la autora, en tanto que “los diferentes” son los oprimidos. Es decir, aquellos que no pertenecen a la clase dominante que estaría conformada por hombres (blancos). Por ello, la autora pugna por una transformación no solo económica sino que también política, y en razón de ello, denomina su pensamiento como lesbianismo materialista en tanto afirma que el concepto “lesbiana es el único que se encuentra más allá de las categorías de sexo, puesto que el sujeto designado (lesbiana) no es una mujer ni económicamente, ni políticamente ni ideológicamente” (Wittig, 1992, p.42). En este punto es necesario recordar que la autora se refiere a “La Mujer” como categoría definida por el pensamiento heterosexual que naturaliza las categorías de hombre y mujer al modo de esencias, y siguiendo estas líneas, la lesbiana escapa a esa dominación en tanto su existencia no está determinada por el otro término de la posición binaria.

Si bien podemos calificar como radical el pensamiento de esta autora, en tanto pretende suprimir las categorías de “hombre” y “mujer”, consideramos que resulta valioso en tanto permite visibilizar las relaciones de opresión que se establecen en las

8

feminidades, disidencias y diversidades sexuales. Asimismo, nos permite pensar en identidades que no son esencias y que tampoco se adecuan al binarismo. Tras estas consideraciones, arribamos a una posible definición de heteronormatividad como “una pluralidad de discursos sobre las ciencias llamadas humanas que producen e instauran heteronormas en materia de sexo, de género y de filiación” (Sáez, 2005, p.100). A través de un sistema de pensamiento (heterosexual) dominante, se producen normas que inscriben significaciones en las prácticas, en los discursos y en los cuerpos.

De esta manera, hablar de heteronormatividad no implica cuestionar en sí la heterosexualidad sino que supone desentrañar un sistema de pensamiento arraigado como natural. Esto va de la mano con el sostenimiento de un sistema de género binario o matriz binaria, que reconoce sólo dos géneros existentes, el masculino y el femenino.

Retomando a Gayle Rubin, otra precursora fundamental de los estudios *queer*, Sáez (2005) explica que el género es una división de los sexos impuesta por la sociedad, que conlleva una oposición que no es natural. Esta oposición de los sexos es una construcción social que consiste en que los hombres deban suprimir su aspecto femenino y las mujeres su lado masculino. Esta autora encuentra en la división social del trabajo la creación de los géneros y la correspondiente oposición, conformando lo que denomina como el sistema sexo-género. Esta división del trabajo entraña una heterosexualidad obligatoria en tanto busca asegurar la unión del hombre y de la mujer, haciendo de la pareja la unidad más pequeña económicamente viable, creando necesidades que solo pueden ser satisfechas por el otro sexo y relegando a las mujeres al lugar de objetos de control e intercambio por parte de los hombres.

Wittig y Rubin nos permiten develar el sentido político del género, y cómo aquello que desde la biología se aborda como hecho biológico, es decir, el sexo, también está atravesado por relaciones de poder y discursos que instauran normas en relación a lo que constituye una sexualidad “normal” y legítima.

Problematizar aquello que entendemos como sexo y género nos compete en tanto permite desnaturalizar estas categorías tomadas como ahistóricas y naturales, interroga al sujeto de las ciencias y la concepción del mismo en torno a la construcción de la identidad sexual de una persona. Sin embargo, lo problemático de quedarnos en este nivel es que se pierde la especificidad del psicoanálisis en tanto este comprende un sujeto diferente, el sujeto del inconsciente. De ahí que, como veremos en sucesivos apartados, el psicoanálisis no se reduce a hablar de identidad de género, así como tampoco se subordina a un determinismo biologicista a la hora de pensar la posición subjetiva de un sujeto.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, vale aclarar que sí creemos que las

concepciones respecto del género y el sexo se van a articular en la constitución subjetiva a partir de las formas de producción de subjetividad propias de cada época. Bleichmar (2010) explica que lo que se llama producción de subjetividad se refiere a lo político e histórico, “tiene que ver con el modo con el cual cada sociedad define aquellos criterios que hacen a la posibilidad de construcción de sujetos capaces de ser integrados a su cultura de pertenencia” (p.33). Por ello es que valoramos los aportes de los estudios *queer* ya que nos permiten desentrañar los múltiples discursos que instituyen sujetos históricos, y a la vez, considerar qué lugar encuentran estos sujetos en un entramado definido por relaciones de poder.

Por otro lado, entenderemos la constitución psíquica como aquello que refiere a “la diferenciación tópica en sistemas regidos por legalidades y tipos de representación” (Bleichmar, 2010, p.33). Es decir que alude a lo específico del psicoanálisis, en tanto implica reglas que exceden a la producción de subjetividad.

Es en este clivaje entre producción de subjetividad y constitución psíquica que podemos abordar la noción de diferencia sexual para el psicoanálisis sin descuidar lo histórico y social. De ahí que resulta fundamental pensar el aparato psíquico desde la concepción que tiene Bleichmar (2010) como un aparato psíquico abierto a lo real,

9

“constituido a partir de inscripciones provenientes del exterior y sometidas constantemente a los embates de la realidad” (p.63).

A partir de allí, podemos comenzar a trazar un camino de deconstrucción en torno a este bagaje social, político e histórico que determina ciertas lecturas del psicoanálisis, en este caso centrándonos en el concepto de diferencia sexual.

II. Estatuto de la diferencia sexual

La diferencia sexual se inscribe, en la fase fálica, a partir del conocimiento de los genitales del sexo contrario. Por lo tanto, esta noción está enlazada a los desarrollos de Freud en torno a la sexualidad infantil y el complejo de Edipo/castración, a través de los cuales se explica la inserción en la cultura, la prohibición del incesto, la salida exogámica y la formación del superyó.

En el varón

Hablar de complejo de Edipo supone, a su vez, una articulación con el complejo de castración. En “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos”, texto de 1925, Freud (2021a) explica que la actitud edípica del varón pertenece a la fase fálica y se va al fundamento por la angustia de castración, es decir por un interés narcisista hacia los genitales.

Además, afirma que al ver por primera vez la región genital de la niña, el varón se muestra poco interesado, no ve nada o desmiente su percepción. Sin embargo, a partir de que cobra influencia sobre él la amenaza de castración en consecuencia del deseo incestuoso que la torna creíble, aquella observación se le volverá significativa. En función de esto, va plantear dos posibles reacciones: “horror frente a la criatura mutilada, o menosprecio triunfalista hacia ella” (Freud, 2021a, p.3571). Estas reacciones pueden llegar a fijarse y, en conjunto con otros factores, determinar las relaciones hacia la mujer.

En este texto también reconoce el Edipo completo que integra tanto el positivo como el negativo, de manera que Freud da cuenta de la ambivalencia de las identificaciones y de la complejidad de las relaciones de objeto. Esto está en correspondencia con la disposición bisexual ya trabajada por Freud (2021h) en “Tres ensayos para una teoría sexual”, donde considera la posibilidad de que esta disposición bisexual intervenga en la “inversión”. Más allá de estas reflexiones, la actitud edípica esperable del varón está determinada por la atracción hacia la madre y la rivalidad con el

padre.

En la niña

En la niña Freud (2021a) afirma que la situación es más compleja. Describe una fase preedípica prolongada en la cual su objeto es la madre. Posteriormente, la niña tendrá que llevar a cabo dos tareas: el cambio de objeto que implica pasar de la madre al padre; y el cambio de la primacía de la zona erógena del clítoris por la vagina.

En lo que respecta al conocimiento de la diferencia sexual, a partir de la fase fálica, la niña va a experimentar lo que Freud llama un complejo de masculinidad, marcado por la esperanza de tener algún día un pene y por la envidia fálica, la cual tendrá diversas consecuencias psíquicas.

Por un lado, Freud (2021a) va a hablar de una herida narcisista en la mujer, que una vez aceptada, provoca un sentimiento de inferioridad. Esta falta de pene, en principio, es explicada por la niña como un castigo personal para luego comprender que se trata de una característica sexual universal. La envidia fálica se va a desplazar, persistiendo en el rasgo de los celos. Si bien Freud expresa que estos no son privativos de uno de los sexos, desempeñan en la vida psíquica de la mujer un papel mucho más considerable en tanto reciben el reforzamiento de la envidia de pene.

Además, agrega que la envidia fálica va a tener que ver con el relajamiento de los lazos amorosos con la madre, ya que la niña, en principio, la culpa por esta falta. Esto colabora con un acercamiento al padre.

10

Como última consecuencia de esta envidia de pene, Freud va a decir que contribuye a una intensa corriente contraria a la masturbación, que no puede ser atribuida a la influencia de la educación del medio. A partir de esta ofensa narcisista, la niña se aparta de la masturbación del clítoris (masculina). “La eliminación de la sexualidad clitoridiana es un prerrequisito ineludible para el desarrollo de la feminidad” (Freud, 2021a, p.3573).

De esta forma, el camino hacia la feminidad va a estar marcado por la ecuación simbólica que va desde el deseo por el pene al hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor y a la madre como objeto de sus celos. Freud aclara que si luego esta vinculación con el padre fracasa, puede ceder en una identificación con él y volver al complejo de masculinidad, para quedar fijada en este. Esto nos lleva a considerar lo desarrollado en “Sobre la sexualidad femenina”, donde Freud (2021f) plantea tres posibles caminos para la niña.

El primero conduce al apartamiento general de la sexualidad debido a la comparación de sí misma con el varón y a una resultante insatisfacción con el clítoris que culmina con una renuncia a su activación fálica, así como también a otras inclinaciones masculinas en general. Un segundo camino está dado por el aferramiento a la idea, hasta una edad avanzada, de tener algún día un pene, de manera que la fantasía de ser un hombre domina grandes períodos de su existencia y puede desembocar en la elección de objeto manifiestamente homosexual. El tercer camino es aquel que conduce a la feminidad, en la que toma al padre como objeto y alcanza así la forma femenina del complejo de Edipo. En tal sentido, la feminidad para Freud está ligada al deseo del hijo y por lo tanto a la maternidad.

Algunas reflexiones

En términos generales, vemos que en el varón, a partir del conocimiento de la diferencia sexual y la correspondiente angustia de castración que se torna significativa, se aniquila el complejo de Edipo. Mientras que en la niña el complejo de Edipo es posibilitado por el complejo de castración.

La divergencia que en esta fase existe entre el desarrollo sexual masculino y el femenino es una comprensible consecuencia de la diferencia anatómica entre los genitales y de la situación psíquica en ella implícita; equivale a la diferencia entre una castración realizada y una mera amenaza de castración. (Freud, 2021a, p.3575)

Este razonamiento lleva a Freud a plantear ciertas diferencias entre el desarrollo masculino y femenino, tal como lo que trabaja en torno al superyó del varón y sus supuestas diferencias con el de la mujer¹. Dada la diversidad de reflexiones que se desprenden del tema aquí abordado, resulta oportuno situar que sólo algunas problemáticas serán trabajadas en el presente ensayo, ateniéndonos a aquellas que están en relación directa con el objetivo propuesto: poder pensar un modelo de subjetivación que trascienda el binarismo y el pensamiento heteronormativo.

Es fundamental ubicar el contexto sociocultural en el que Freud desarrolla su obra para llevar a cabo una revisión situada del concepto de diferencia sexual. La Viena del siglo XX no solo estaba inmersa en ideas burguesas y patriarcales plagadas de convicciones tradicionales sobre la familia y el papel del hombre y la mujer en la sociedad. Sino que también fue cuna de movimientos que revolucionaron la cultura, las

¹ El complejo de Edipo en el varón se desintegra literalmente bajo el impacto de la amenaza de castración. Sus catexias son abandonadas y sus objetos incorporados al yo, constituyendo el núcleo del superyó y siendo este el heredero del complejo de Edipo. Mientras que en la niña falta motivo para el aniquilamiento del complejo de Edipo por lo que este puede ser abandonado lentamente, reprimido o persistir en la vida psíquica “normal” de la mujer. Por ello, Freud (2021a) afirma que el nivel de lo ético normal es distinto en la mujer que en el hombre.

artes en general, la literatura, y por supuesto el papel mismo del psicoanálisis, revolucionario en sus propuestas sobre el inconsciente y la sexualidad. Más allá de que es necesario valorar la trasgresión de la obra de Freud para el pensamiento de la época, también es importante atisbar cómo algunos postulados están imbuidos en las ideas patriarcales del momento. Para Ana María Fernández (2017) toda teoría se despliega entre lo posible de ser pensado y sus no pensados, en esa tensión es donde se vislumbra metafóricamente su “inconsciente”, aquello donde una teoría es hablada por su época.

Freud a lo largo de su obra trabaja el desarrollo psicosexual, dando por implícito una posición esperable para el varón y para la niña. Podemos distinguir dos vertientes a partir de nuestra lectura. Por un lado, que la diferencia sexual se adquiere. Esto se asemeja a planteos de autoras de los estudios *queer* como Wittig (1992), quien postula que no se nace mujer sino que se llega a serlo. Pero por otro lado, si sostenemos que la diferencia sexual se constituye a partir de la interpretación de los genitales externos del sexo contrario y de ella se deriva la consecuente posición del sujeto, ligada a los efectos de una castración consumada o a una amenaza de castración, estamos precisando lo anatómico como destino o al menos como una variable determinante.

En este punto, conviene tener presente que las operaciones en el psiquismo están apuntaladas en lo anatómico. En “El yo y el ello”, Freud (2021c) explica el yo como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo. Es decir que el yo, en última instancia, se deriva de sensaciones corporales. Por ello no podemos desconocer el valor del cuerpo y lo anatómico en la constitución del psiquismo, pero en cuanto a la adquisición de la diferencia sexual y la consecuente posición sexuada ¿se reduce únicamente a lo anatómico? Consideramos que no e intentaremos examinar otras variables que atañen a los procesos de subjetivación sexuada.

Freud (2021a) destaca que cada ser humano reúne tanto caracteres masculinos

como femeninos, los cuales no son sino constructos teóricos de naturaleza incierta. Además, reconoce la disposición constitucional bisexual y por lo tanto, podemos afirmar que la diferencia sexual en su obra no constituye una oposición simple ni una complementariedad entre lo masculino y lo femenino. Sin embargo, consideramos una tarea necesaria trascender cierto pensamiento binario, que refiere a lecturas normativas respecto al tránsito por el Edipo y que convergen en una posición masculina y en una femenina respectivamente.

Una posibilidad de sortear esta dificultad y no permanecer en una explicación reduccionista es retomar las series propuestas por Freud (2021g) en “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” que nos permiten correr nos de una causalidad lineal. En este texto presenta tres variables que podemos examinar a la hora de pensar los procesos de subjetivación sexuada en sus diferentes combinaciones: los caracteres sexuales somáticos, los caracteres sexuales psíquicos (actitud masculina y/o femenina) y el tipo de elección de objeto. Estas variables pueden entrar en distintos tipos de relaciones y no coincidir entre sí.

Al considerar tres variables es posible desarticular ciertas homologaciones, tales como: masculino-fálico-sujeto versus femenino-castrado-objeto. De esta forma, podemos dar cuenta de otras sexualidades que no se subordinan a la lógica heteronormativa y binaria, sin caer en explicaciones que supongan un camino “normativo” esperable de otros “desviados”.

III. Problematicación de la diferencia

Sobre el valor fálico como privilegio y la feminidad en Freud

Retomando los postulados anteriormente desarrollados, ¿es posible que la reacción del varón, enunciada por Freud (2021a), de “horror frente a la criatura mutilada” o de “menosprecio triunfalista hacia ella” tienen que ver con las relaciones sociales de dominación sobre la mujer y el valor fálico del pene en términos de privilegio? Un

12

exponente que abona esta hipótesis es la reacción de la niña frente al conocimiento de los genitales del varón de sentirse castrada.

La niña no crea una teoría parecida al ver los órganos genitales del niño diferentes de los suyos. Lo que hace es sucumbir a la envidia del pene, que culmina en el deseo, muy importante por sus consecuencias, de ser también un muchacho. (Freud, 2021h, p.1494)

Glocher Fiorini (2015) expresa que si la niña comparte esta idea, hay que hablar del valor fálico del pene en las distintas culturas, el cual está ligado al poder. Y es esto lo que nos interesa, cómo ese valor se inscribe en el psiquismo de hombres y mujeres. No se trata de lo anatómico, ya que a la niña anatómicamente no le falta nada, sino del valor fálico.

Resulta capital estar advertidos de que las formas instituidas de pensar los cuerpos y las relaciones humanas son instituyentes de subjetividad, de formas de ser y estar en el mundo conformes a una época determinada. Encontramos valioso el aporte de Foucault (1979) quien distingue las relaciones de poder² de las de dominación. Las primeras son móviles, pueden trasladarse de un sujeto a otro, mientras que las relaciones de dominación son fijas y rígidas. Estas últimas muchas veces tienen por objeto a las feminidades y diversidades sexuales.

Así es que llegamos a considerar el orden patriarcal, que en palabras de Ana María Fernández (2017) refiere a un “ejercicio de poder de dominio, por el cual se establecen relaciones de fuerza que producen subalternidad no solo en las mujeres

respecto de los varones, sino también en las sexualidades por fuera de la heteronorma” (p.139). Esta explicación nos puede ayudar a comprender por qué la diferencia sexual muchas veces implica desigualdad social.

La organización de las relaciones de poder entre los géneros se sostiene en la rígida oposición binaria sujeto-objeto. Un pensamiento binario nos puede llevar a caer en homologaciones fijas que equiparan, por un lado, lo masculino con el sujeto, lo fálico y el dominio; mientras que por otro lado, lo femenino con el objeto, lo castrado y el sometimiento. En estos vectores circulan saberes y poderes en relación a los cuerpos y sus significaciones que pueden aparecer como axiomas indiscutibles en la teoría. Sin embargo, no se trata de eliminar las dicotomías binarias que son parte del lenguaje, sino de poder encontrar líneas de fuga, poder incluir esas dicotomías en complejidades mayores y estar advertidos de que las relaciones de dominación participan en la producción de subjetividades y, por lo tanto, de padecimientos.

La noción de diferencia sexual nos lleva a revisar otra homologación en Freud: la sexualidad femenina ligada a la maternidad. A través de la ecuación simbólica, que va del deseo de pene al de hijo, la maternidad se vuelve la meta del desarrollo libidinal de la niña. En razón de ello, Freud (2021a) afirma como tarea la necesidad de investir libidinalmente la vagina y eliminar la sexualidad clitoridiana. ¿Es factible conjeturar que Freud estaba preocupado únicamente por la reproducción y no así por el placer femenino? ¿Podemos pensar una sexualidad femenina independiente de la maternidad? En la actualidad no se nos vuelve difícil plantearlo, pero debemos recordar que en el contexto sociocultural de Freud, el lugar de la mujer estaba fundamentalmente relegado a la maternidad.

Sumado a lo anterior, la sexualidad femenina ha sido equiparada al campo de la otredad, junto con aquellas subjetividades que se apartan de lo heteronormativo, y se la ha caracterizado como algo enigmático. ¿Podríamos pensar que en realidad lo enigmático es en sí la diferencia sexual, puesto que esta no es posible de ser simbolizada totalmente? Retomaremos esta interrogación más adelante.

² Para Foucault (1979) el poder es una relación de fuerzas que se ejerce en todos los ámbitos sociales, tanto en forma vertical como en forma horizontal. Todas las relaciones de poder implican resistencias.

Otro asunto que se nos plantea es lo problemático de pensar el deseo de hijo únicamente como sustituto de una carencia fundamental. Glocer Fiorini (2015) expresa que esto puede ocurrir en las histerias pero no es generalizable a todos los casos, puesto que de ser así, sería imposible considerar al hijo como un otro, a pesar de la intervención de la función paterna que permite un corte, pero que no garantiza aceptar la otredad en el hijo. A su vez, esto se vuelve conflictivo para pensar el deseo de hijo en las paternidades, en parejas homoparentales y en maternidades monoparentales.

Además de las ecuaciones simbólicas, otra referencia que podemos encontrar en relación al deseo de hijo, lo constituyen los componentes narcisistas trabajados por Freud (2021d) en “Introducción al narcisismo” donde sitúa que el amor parental hacia el hijo no es sino una resurrección del narcisismo de los padres.

Una alternativa que podemos estudiar sería pensar el deseo de hijo como producción deseante, más allá de las equivalencias ecuacionales sustitutivas. La falta concede el carácter creador de las fuerzas deseantes. El encuentro con lo diferente a partir del reconocimiento de la alteridad en el hijo nos posibilita pensar una experiencia que trasciende los límites del narcisismo y del hijo como mero sustituto de una carencia, ya que tiene que ver con otras múltiples nociones. Si bien el abordaje de este tema en particular excede el presente ensayo, reparamos en que es una línea de fuga posible que se desprende para futuros trabajos.

Una sexualidad sin objeto natural

La presunta salida heteronormativa del Edipo nos lleva a reexaminar las teorizaciones sobre la homosexualidad. La obra freudiana establece diferentes vertientes, entre ellas, la que plantea Freud (2021i) en "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci"; en "Introducción al narcisismo" (2021d); y en "Sobre la psicogenesis de un caso de homosexualidad femenina" (2021g). Si bien no es objeto desarrollar las elucidaciones que hace Freud en cada uno de estos textos podemos compendiar que en la obra freudiana no hay un único mecanismo que explique la elección de un objeto sexual del mismo sexo, lo cual nos lleva a hablar de homosexualidades en plural. Por ejemplo, en Leonardo da Vinci habla de un tipo de homosexualidad sublimada.

Es importante considerar una variedad de determinaciones en pos de no reducir la elección de objeto a un único mecanismo. En una carta a la madre de un joven homosexual, Freud (1935) le explica que la homosexualidad no es un vicio ni una enfermedad sino una variación de la función sexual, aunque aclara que es producida por cierto freno en el desarrollo sexual. Esto nos hace pensar nuevamente en un camino "normativo" en el desarrollo psicosexual y otros "desviados".

Según Reitter (2013) podemos encontrar dos posiciones contradictorias en torno a esta cuestión que se dejan ver en "Tres ensayos para una teoría sexual" (2021h). Una tensión entre "una sexualidad estallada que no tiene ningún objeto natural, y una narrativa evolutiva, presente en nociones como fijación, regresión, primacía genital o etapas de la libido" (p.7). Sin embargo, algo que aclara el autor y que no debe ser pasado por alto es que esta contradicción es sólo aparente puesto que "porque no hay objeto para la pulsión es que hay dispositivos culturales para regular la sexualidad" (Reitter, 2013, p.7).

Lo problemático reside en naturalizar aquellos dispositivos culturales, y de esta forma velar su carácter histórico y contingente. Para este autor dos modos de naturalizarlos son a través de una perspectiva evolutiva sobre el desarrollo de la libido, y por otro lado, a través de ciertas lecturas del complejo de Edipo, ya que habitualmente se habla de Edipo de la niña y del niño.

A juicio de Reitter (2013), el planteo freudiano hace depender demasiado la posibilidad deseante del sujeto de la diferencia sexual anatómica:

La mujer desea un hijo porque no tiene el falo, que entonces queda homologado al pene, porque sino ¿por qué tendría que ser una "mujer"? La "mujer" busca el falo en el "hombre", que lo tendría otra vez por tener un pene. (p.7)

14

En su lugar, convendría tener presente que ingresar al Edipo con un pene no quiere decir ingresar como "hombre", así como ingresar sin un pene no impediría salir con un falo. En este sentido, podemos decir que la diferencia sexual anatómica se trata mucho más de una cuestión de lenguaje que de anatomía, en tanto nos referimos a la imagen de un cuerpo del deseo marcado por las representaciones de un otre deseante, las cuales son marcas transgeneracionales.

Como ya sabemos, en la actualidad enfatizar la separación entre homosexualidad y perversión puede resultar superfluo. Sin embargo, dada la patologización en la historia por parte del discurso médico y psiquiátrico de aquellas sexualidades que no conciben con la heteronorma, estimamos que no es en vano situarlo. De esta forma, homosexualidad no es homologable a perversión así como tampoco lo es la transexualidad a las psicosis³.

También es llamativo cómo aquellas sexualidades que difieren a lo heteronormativo han sido abordadas como "lo otro". Fernandez (2017) explica que "en los campos de saber de las llamadas Humanidades, la diferencia fue pensada como extranjería- lo otro, el otro- cuando no anomalía, inferioridad, o aun peligrosidad" (p.136).

De cualquier forma, lo importante aquí no sería poder llegar a una “teoría de la homosexualidad” ni de cualquier otra diversidad sexual, sino poder reflexionar acerca de las diferentes constelaciones en los procesos de identificación y del deseo, atendiendo a la singularidad propia de cada sujeto y a la misma diversidad humana.

Bleichmar (2014) explica que como psicoanalista se trabaja con los efectos del impacto tópico de la cultura y de la norma. Para esta autora, la cultura tiene la obligación de definir el sexo de partida y después cada sujeto se las arregla con eso como puede. En este sentido, la sexualidad desde el punto de vista del género, es instituyente/instituido⁴.

En consonancia con esto, Glocer Fiorini (2015) expresa que podemos afirmar que hay una diferencia de géneros anterior al acceso de la diferencia sexual. Esto tiene que ver con que a cada ser humano le es asignado un género al nacer, masculino o femenino, con el que puede o no identificarse posteriormente, pero que va a operar en los procesos de subjetivación bajo la forma de ideales identificatorios. Podemos pensarlo, por ejemplo, en relación a cómo ya desde los primeros años se les transmite a los niños que hay juguetes de “nena” y otros de “nene”. Desde la institución de un género por parte de un otro, a partir de la interpretación de los caracteres sexuales primarios del bebé, se abona esa construcción de la diferencia de género, previa al conocimiento de la diferencia sexual. Esto contribuye a ampliar la forma en que pensamos el acceso a la diferencia.

Aquello que podemos pensar por el lado de la identidad de género es del orden del yo, que incluye los aspectos inconscientes del yo (preconsciente), pero no así del inconsciente en sentido estricto (tópico), ya que está ligado a la lógica del proceso secundario. En este sentido, podemos decir que la identidad de género prioriza los modos históricos-sociales de producción de subjetividad. Sin embargo, esto no basta para abarcar lo que podemos entender como la posición sexual, la cual compete la

³ A criterio de Silvia Bleichmar (2014), podemos reconocer en la teoría cierta lectura “clásica” en torno al transexualismo como una defensa frente a una moción homosexual. En nuestra opinión, consideramos que esta lectura se desprende de la interpretación que hace Freud (2021e) del caso Schreber y una extrapolación de sus observaciones a otros casos, anudando de esta forma transexualidad y psicosis.

⁴ Para Castoriadis (2007) lo social instituido, que refiere a lo ya establecido (instituciones existentes), supone una relación dialéctica con lo social instituyente, que tiene que ver con la capacidad humana para crear y transformar instituciones a través del imaginario social. De esta manera, podemos pensar el género como impuesto socialmente a partir de la codificación de los caracteres sexuales primarios como masculinos o femeninos (orden de lo instituido). No obstante, también contemplamos la capacidad creadora y transformadora, tanto individual como social, que ese sujeto puede ejercer (orden de lo instituyente). Es decir que existe una propuesta identificatoria y, al mismo tiempo, un proceso de apropiación activa por parte del infante.

articulación del deseo que se genera en la intersección entre los sistemas psíquicos. Por lo que, entre la biología y los modos dominantes de representación social trabajados por los estudios *queer*, el psicoanálisis trasciende estas propuestas, en su singularidad, al abordar la sexualidad introduciendo lo pulsional y la cuestión del objeto.

Es así que enfatizamos la enorme dependencia del sujeto respecto de sus primeros otros. En ellos, a su vez, se encuentran plasmadas las marcas transgeneracionales de sus propios tránsitos por el Edipo y por lo tanto, de la cultura. Ese sujeto se constituye en ese encuentro singular con esos otros, en determinadas condiciones histórico-sociales y relaciones de poder que lo hacen ser el sujeto que es. Estas condiciones han cambiado desde la época victoriana hasta la actualidad, lo cual debe ser tenido en cuenta a la hora de considerar los mecanismos de producción de subjetividad con el objeto de no naturalizar aquello que en realidad es construido e histórico. De este modo, es que retomamos la importancia de abordar la noción de

diferencia sexual⁵teniendo en cuenta aquello que concierne por un lado, a la constitución del aparato psíquico y, por otro, a la producción de subjetividad.

Procesos de subjetivación y parentalidades no convencionales Otro escollo que se nos presenta es pensar los procesos de subjetivación en parentalidades no convencionales. Glocer Fiorini (2015) explica sobre las identificaciones y la elección de objeto en estos niños que los mecanismos correspondientes no surgen sólo de las funciones materna y paterna encarnadas en estas figuras concretas (madre y padre, familia nuclear clásica) o sus sustitutos, sino también de operatorias simbólicas de terceridad emanadas de los otros, en distintos niveles, a través de la diferencia o diferencias implícitas en una cultura, en los discursos predominantes. En este punto es necesario considerar cómo la relación de un niño con sus padres está atravesada por concepciones preexistentes en torno a lo masculino, lo femenino y a la conformación de estereotipos sociales que se inmiscuyen en la producción de subjetividad, a partir de la transmisión de ideales identificatorios relativos al género en las relaciones más tempranas en las que se constituye el psiquismo. Esto nos lleva a pensar en una intrincación entre lo pulsional y los ideales intra e intersubjetivos. Resulta valioso por ello reflexionar acerca de las funciones materna y paterna, que en realidad no pertenecen ni a la madre ni al padre, sino que son operatorias simbólicas que ambos u otros cercanos pueden ejercer. Más aún, sería interesante preguntarnos si no podríamos sustituir la función paterna por la denominación de “función tercera”. Para Glocer Fiorini (2015) “mantener la denominación de función paterna es una forma de universalizar lo que es en realidad una operatoria simbólica atada en su contingencia a un determinado tipo de sociedad y de ideología” (p.186). La autora expresa que la madre misma puede promover la separación del hijo como un deseo propio.

Reconocer que se trata de una función simbólica, más allá de quien la ejerza, nos permite evitar que las funciones queden anudadas a estereotipos de género. Y por lo tanto, nos habilita a pensar el ejercicio de estas funciones en organizaciones familiares no convencionales y a ampliar la concepción en torno a los procesos de subjetivación, reconociendo otras operatorias simbólicas presentes, por ejemplo, en los discursos imperantes en la cultura, que son productores de subjetividad.

Diferencias y relocalización del enigma

Es así que nos vamos acercando a la posibilidad de considerar la diferencia desde una mirada que no se reduce al sexo anatómico y a las implicancias psíquicas

⁵ Bleichmar (2014) explica que para que se note la diferencia anatómica, debe estar construida la lógica del preconscious ya que es esta la que articula totalidades y elementos discretos, lo incluyente y lo excluyente. Por ello, la castración es inherente no solo al preconscious sino al sujeto ya con un proceso de constitución y diferenciación de los articuladores lógicos.

resultantes abordadas por Freud, sino que lo trasciende, incorporando representaciones en torno a diferencias (en plural) presentes en la cultura y en un orden político, social e ideológico determinado, que a su vez inciden en la construcción de la posición subjetiva así como en la producción de padecimientos.

Ana María Fernández (2017) plantea que en la actualidad de esta modernidad tardía comenzamos a pensar en términos de las sexualidades, más que en la sexualidad; de las diversidades más que de la diferencia. Esta autora retoma a Paul B. Preciado para explicar que, según su mirada, la noción de multitud *queer*, que enfatiza la multiplicidad de singularidades, se opone al concepto de diferencia sexual ya que no habría una diferencia sexual, sino una multitud de diferencias, una transversalidad de relaciones de poder, de potencias de vida.

En este recorrido, también se vuelve esencial retomar el lugar del enigma, frecuentemente homologado a la feminidad. Freud (2021b) expresa que sobre el enigma de la feminidad “han meditado los hombres en todos los tiempos” (p.3892). Si seguimos con el trabajo deconstructivo que venimos realizando, el lugar de otredad en el que se ubica lo femenino es configurado por lo masculino tomado como el “sí mismo”. Otra vez, es desde el punto de vista masculino que se define, a partir de una localización imaginaria pero con un impacto en lo simbólico, aquello que queda por fuera (Glocer Fiorini, 2015).

¿Podemos concebir que esta caracterización de lo femenino ha estado ligada a las ya mencionadas relaciones de poder y de dominación? ¿En razón de esto será que Freud en la feminidad destaca únicamente la función reproductiva? ¿Podemos pensar que lo enigmático no es sino la diferencia sexual en sí misma? La cuestión reside en no desplazar el enigma de la diferencia a una de sus polaridades: lo femenino.

Para Beretta (2021) el enigma se ubica como algo inherente o constitutivo de la sexualidad. Plantea que a partir de la bisexualidad trabajada por Freud en el ámbito del aparato psíquico, hay un carácter desconocido e inaprensible en lo que respecta a lo masculino y lo femenino. Si no hay una esencia de la feminidad ni de la masculinidad, la idea de bisexualidad en la argumentación psicoanalítica redobla el enigma. Puede equipararse a una ficción teórica que funciona como una reserva inalcanzable, como un excedente que desestabiliza la explicación de la sexualidad misma. Al sostener este vacío en el saber, “Freud introduce la fase fálica como un pasaje que va a inscribir la diferencia sexual y que, además, es a la vez mantenimiento y despliegue del enigma” (Beretta, 2021, p. 37).

Es importante tener presente cómo la concepción que sostengamos en relación a la diferencia sexual y al lugar del enigma determinará la escucha clínica así como las intervenciones. Sobre todo a la hora de escuchar enunciados que se hacen eco en los discursos de los sujetos y que muchas veces operan como “verdades” cuando en realidad remiten a saberes contruidos por las relaciones de poder vigentes. Esto podría pensarse, por ejemplo, con ideas como “con las mujeres nunca se sabe”. En su lugar, resulta conveniente analizar cómo cada sujeto se las arregla con el enigma en sí mismo de la diferencia sexual, que no es posible de ser simbolizado completamente.

17

Conclusiones y posibles aperturas

En nuestro recorrido, no desconocemos el apuntalamiento de ciertas operaciones psíquicas en lo anatómico. Sin embargo, consideramos que no se restringen únicamente a esta variable. Es decir que la constitución de la posición sexual del sujeto implica el conocimiento de la diferencia anatómica pero no se reduce a esta.

Si bien no es un debate cerrado, ya que encontramos múltiples tensiones dentro del psicoanálisis mismo y desde otros discursos que lo interpelan, lo importante es considerar la multiplicidad de intersecciones que inciden en la adquisición de la diferencia sexual, que nos llevan a hablar más en términos de diferencias en plural, que se hacen presente en la conformación de la posición sexual de un sujeto. Desde nuestra lectura, un posible camino es considerar la diferencia sexual en el clivaje entre lo que atañe a la constitución psíquica y lo que responde al orden de la producción de subjetividad.

De esta forma, abordamos lo propio del psicoanálisis, que es el sujeto del inconsciente con su diferenciación tópica y sus respectivas legalidades y tipos de representación, sin descuidar aquellos criterios que instituyen sujetos inherentes a una época, a través de la concepción de un aparato psíquico abierto a lo real (Bleichmar, 2010).

El aporte de los estudios *queer* nos permite problematizar el género y el sexo, categorías que muchas veces son tomadas como naturales y ahistóricas. Cuestionar una

división natural, binaria, posibilita desentrañar un sistema de pensamiento heteronormado que se encuentra atravesado por relaciones de dominación, a través de las cuales se definen normas que instauran opresores y oprimidos. Estas normas pueden ser pensadas como formas instituidas de pensar los cuerpos, que son instituyentes de subjetividad.

Es así que llegamos a examinar el valor fálico del pene, trabajado por Freud, en términos de privilegio. En el contexto de una sociedad patriarcal, está ligado al poder y desde esta óptica podemos pensar la envidia fálica de la mujer. No podemos ignorar que somos sujetos históricos constituidos en un entramado de relaciones de poder, a partir de las cuales nos representamos a nosotros mismos, al otro y a la realidad.

Reconocer que no hay objeto natural para la pulsión implica estar advertidos de la existencia de dispositivos culturales destinados a regularla. Esto nos lleva a tener en cuenta el impacto de la cultura y la norma.

En lo atinente a los procesos de subjetivación, es necesario trascender únicamente el modelo de familia nuclear clásica. Las formas de filiación en la actualidad son muy diversas y deben ser consideradas no solo las figuras que encarnan las funciones materna y paterna, sino que también se deben tener en cuenta las operatorias simbólicas de terceridad, emanadas de otros cercanos así como de los discursos predominantes.

De este análisis se desprende la reflexión en torno a la constitución de la identidad de género, que puede ser pensada como fundada en los modos histórico-sociales de producción de subjetividad, vehiculizados a través de ideales identificatorios relativos a los géneros. De esta manera, se va construyendo la diferencia de géneros anterior al conocimiento de la diferencia anatómica, relacionada con las consecuencias psíquicas trabajadas por Freud (2021a). Sin embargo, la identidad de género no alcanza a abarcar lo que el psicoanálisis trabaja como posición sexual, que implica la articulación del deseo.

En este sentido, podemos reconocer un interjuego que se da entre los ideales de género (caracteres sexuales psíquicos), la diferencia anatómica (caracteres sexuales somáticos) y, agregamos, las orientaciones del deseo (tipo de elección de objeto). Este posicionamiento tripartito lo podemos encontrar en el ya mencionado texto de Freud (2021g), "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina". La subjetividad sexuada puede ser leída en la intersección de estas categorías, que no responden a una linealidad entre ellas, sino que pueden ser articuladas singularmente en cada sujeto.

18

Esta lógica posibilita ir más allá de un pensamiento binario que reconoce únicamente dos posiciones dicotómicas. Nos permite retomar la disposición constitucional bisexual en el aparato psíquico enunciada por Freud, que en última instancia, remite a lo inaprensible de lo masculino y lo femenino. Si no son más que una ficción teórica, se constituye un no saber en torno a la sexualidad y por lo tanto, el despliegue de un enigma. El psicoanálisis se propone sostener este vacío en el saber acerca de la sexualidad, lo cual nos remite a rescatar el valor del mito en Freud como una forma de abordar lo humano.

19

Referencias bibliográficas

- Beretta, A. (2021). Sexualidad y enigma. En V. Zubkow, L. Galuzzi, A. Calderón (Comps), *Sexualidades diversas: abordajes psicoanalíticos* (pp. 33-43). Rosario: UNR Editora.
- Bleichmar, S. (2010). *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo*. Argentina: Editorial Topía.
- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis: qué permanece de ellas en la*

práctica actual. BsAs: Paidós.

- Castoriadis, C. (2007). *La Institución Imaginaria de La Sociedad*. España: Tusquets Editores.
- Fernández, A.M. (2017). Las lógicas sexuales actuales y sus com-posiciones identitarias. En I. Meler (Comp), *Psicoanálisis y género* (pp. 133-157). Argentina: Paidós.
- Freud, S. (2021a). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Biblioteca digital, MinerD-Dominicana Lee. Disponible en <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/edMv-freud-sigmund-obras-completaspdf.pdf>
- Freud, S. (2021b). Conferencia 33: La feminidad. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Biblioteca digital, MinerD-Dominicana Lee. Disponible en <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/edMv-freud-sigmund-obras-completaspdf.pdf>
- Freud, S. (2021c). El yo y el ello. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Biblioteca digital, MinerD-Dominicana Lee. Disponible en <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/edMv-freud-sigmund-obras-completaspdf.pdf>
- Freud, S. (2021d). Introducción al narcisismo. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Biblioteca digital, MinerD-Dominicana Lee. Disponible en <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/edMv-freud-sigmund-obras-completaspdf.pdf>
- Freud, S. (2021e). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Biblioteca digital, MinerD-Dominicana Lee. Disponible en <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/edMv-freud-sigmund-obras-completaspdf.pdf>
- Freud, S. (2021f). Sobre la sexualidad femenina. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Biblioteca digital, MinerD-Dominicana Lee. Disponible en <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/edMv-freud-sigmund-obras-completaspdf.pdf>
- Freud, S. (2021g). Sobre la psicogenesis de un caso de homosexualidad femenina. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Biblioteca digital, MinerD-Dominicana Lee. Disponible en <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/edMv-freud-sigmund-obras-completaspdf.pdf>
- Freud, S. (2021h). Tres ensayos para una teoría sexual. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Biblioteca digital, MinerD-Dominicana Lee. Disponible en <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/edMv-freud-sigmund-obras-completaspdf.pdf>
- Freud, S. (2021i). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Biblioteca digital, MinerD-Dominicana Lee. Disponible en <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/edMv-freud-sigmund-obras-completaspdf.pdf>
- Freud, S. (1935). *Carta a la madre de un joven homosexual*. Recuperado de <https://psicorevista.com/psicoanalisis/carta-de-freud-a-la-madre-de-un-homosexual/>

20

Foucault, (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

Gloer Fiorini, L. (2015). *La diferencia sexual en debate. Cuerpos , deseos y ficciones*. BsAs: Lugar Editorial.

Quindeau, I. y Bornhauser, Niklas. (2020). Actualidad y posibilidades del conflicto de Edipo en el contexto del debate en torno al binarismo sexual. Consideraciones

- traductivas en torno al Geschlecht. *Revista chilena de literatura*, (102), 249-272. Disponible en <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22952020000200249>
- Reitter, J. (2013). *Edipo Gay*, en Jornadas Interinstitucionales: Diálogos actuales en torno al psicoanálisis. Lacantera Freudiana. Recuperado de https://lacanerafreudiana.com.ar/3.4_2_Jorge_Reitter_noviembre_2013_EDIPO_GAY.pdf
- Sáez, J. (2005). *Teoría Queer y Psicoanálisis*. Argentina: En 2 ruedas editorial. Szewc
- Luzardo, M. (2022). *Interpelando linealidades: un posible diálogo entre disidencias sexo - genéricas, psicoanálisis y estudios queer*. Trabajo final de grado. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Psicología. Recuperado de <https://hdl.handle.net/20.500.12008/33092>
- Tajer, D. (2021, 4 de enero). La mayor parte del psicoanálisis no salió de la matriz binaria. *Página12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/315155-debora-tajer-la-mayor-parte-del-psicoanalisis-no-salio-de-la>
- Wittig, M. (1992). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Boston: Beacon Press.